

de Acción Social Católica, donde de nuevo se reprodujeron las muestras de entusiasmo y cariño del pueblo conquense.

En el salón del teatro del referido Centro, hizo uso de la palabra el Rvdo. P. Leoz, superior de los Redentoristas de esta capital, exhortando a los jóvenes estudiantes que en gran número se hallaban allí congregados para constituirse en Asociación, a tener un ideal bien definido y a defenderlo valiente y noblemente en el seno de la Sociedad cristiana, donde todos los ideales tienen cabida si se inspiran como no pueden menos de inspirarse si se ha de ser respetuoso, noble y caballero en todos los actos de la vida, en las doctrinas de Cristo.

Tomando como punto de partida esto de la posesión de un ideal, el Sr. Goicoechea hizo un nuevo alarde de su extensa cultura y de su talento. Porque en este orador se da el caso peregrino que su último discurso parece el mejor. Tal es la riqueza de su oratoria y lo brillante de sus ideas y el matizado hábil y prodigioso del cielo con que cierra los pensamientos.

Intil es repetir que nuevos aplausos, resonantes vítores y nuevas explosiones de entusiasmo acompañaron hasta la puerta del local al ilustre conferenciante y personalidades que le acompañaban.

Una avería en el auto donde los señores Goicoechea y Arribas pensaban regresar enseguida a Madrid, obligó a los distinguidos huéspedes a prolongar su estancia en esta capital durante toda la noche. Con este motivo, la casa del señor Fanjul estuvo muy concurrida hasta las altas horas de la noche.

En la mañana del lunes y después de reparada la avería en cuestión, pudieron partir al fin, dejándonos el impercedero y grato recuerdo de una visita que honrando por igual al ex ministro maurista y al pueblo de Cuenca, es posible que inicie una nueva era de resoluciones y de actos públicos que influyan en su natural desenvolvimiento y aceleren el paulatino resurgir de este abandonado rincón castellano.

Actos como estos de ciudadanía, hacen conocer al pueblo el valor positivo de sus hombres públicos y al contrastar sus merecimientos en emulación de esfuerzos ciudadanos, sólo bienes puede producir a la Patria por el despertar de sus hijos estimulando sus energías, dormidas o quebrantadas por el desengaño o la desesperanza.

Al despedir al Sr. Goicoechea; al enviarle el efusivo transporte de nuestra gratitud, no queremos decirle adiós. Le decimos sencillamente, ¡hasta la vista!

TALLER DE MÁRMOL

DE

Jesús Martínez

LÁPIDAS - PANTEONES - ESCULTURAS

CHIMENEAS - PAVIMENTOS

Y DEMÁS TRABAJOS EN PIEDRA

ESPECIALIDAD EN LÁPIDAS Y SARCOFAGOS

Carrillo de Albornoz, 10

CUENCA

Cuentos de "La Razón"

LA MADRILEÑITA

Junto a la chivuela, gallardamente caballera en un borriquillo, marchaba el abuelo, encorvadas las espaldas bajo el peso de muchos años, y quién sabe si del de más penas. La carretera blanqueaba como una cinta interminable entre la tierra pardusca cubierta de surcos, que parecían unirse en la lejanía y se iban abriendo suavemente hacia sus pies, como un inmenso abanico.

Se esforzaba el abuelo por charlar con la nena para que se le hiciese más suave la jornada y menos arisco el frío de la sierra, pero otras veces era ella la que le abrumaba con un montón de preguntas para satisfacer su curiosidad ciudadana ante los misterios del campo; porque la niña era madrileña, y así lo iban publicando a voces sus rizillos ne-

gros, sus atildadas ropitas y el encanto todo de su galana personilla de 6 años. —Mira, decía el abuelo, extendiendo la mano, —junto a aquellos árboles que ahora están secos, corre el río, y aquella casita blanca es el molino. ¿Sabes tú lo que es un molino? Ya verás como te traigo para que veas como muelen el trigo, con unas piedras muy grandes, bum, bum!...

¡Ah! mira, aquella es la ermita, ya se ve la ermita. También allí he de llevar-te, porque todos vamos.

En el repecho de la carretera se había parado el abuelo y miraba fijamente al santuario. Sí: todos iban, y también él había ido, ¿cuántas veces! De mozo, pinturero y gallardo; de casado; después, con su hija, ya moquita, tan linda, y ahora... solo, solo en el mundo con aquella niñita confiada a su cariño, que venía de recoger de la ciudad, donde quedaban los padres muertos.

Echó de nuevo a andar el viejo; pero ahora iban callados; absorta la niña en la inmensidad de la llanura; absorto él en la inmensidad de su pena; y así caminaron y caminaron, hasta que en una revuelta brusca del camino se encontraron dentro del pueblo.

Una turba de chiquillos, sucios y harapientos, suspendió una interesante partida de tejo para correr hacia los caminantes y rodearlos con un griterío infernal.

—¡Eh, tío Felipe, ¿es esa su nieta? —¡La madrileña, la madrileña! —¡Qué señorita! —¡Y qué esmirriada!

La niña se agarró con fuerza al hombro de su abuelo, y dirigiéndole una angustiosa mirada de espanto, quizá la primera de su vida, le preguntó: —¿Por qué nos rodean esos chicos, abuelo? ¿Me van a hacer algo?

Ya habían pasado muchos días desde la llegada de Pilarín, que así se llamaba la madrileña.

Aunque completamente distinta aquella vida a la que ella había llevado, su alma infantil se plegaba dócilmente al medio, ávida de impresiones nuevas. Precisamente esta curiosidad fue lo que la impidió echar de menos el cariño de sus padres en los primeros días. Como su abuelo era pastor, salía por la mañana con el ganado y no volvía hasta bien entrada la noche a la pobre casucha que, por otra parte, estaba lo bastante alejada del pueblo para que pudiese la niña reunirse con otros de su edad. Dotada de una fina sensibilidad y una viva inteligencia, aquella soledad contribuía sobremedida a que la chiquilla diese explicaciones singulares y satisfactorias para ella a todas las cosas; así por ejemplo se sentía tratada halagada pensando que, a pesar de estar todas las puertas abiertas, no se iban al campo conejos y gallinas por el grande amor que la tenían.

Otro de sus mayores placeres consistía en dotar de vida a todos los asientos y trastos, delante de los cuales se daba gran importancia, escoba en mano, en lo mucho que, como ama de casa, tenía que hacer.

Así pues, los primeros por novedad y los segundos por costumbre, Pilarín fue feliz.

Pero había una cosa sobre todas que constituía para ella el goce de los goces.

En los crudos días de invierno, cuando la nieve apenas si deja entrever los sabrosos pastos, el anciano no llevaba nunca a los tiernos recentales. Allí quedaban, pues, en la cuadra los corderillos, y con ellos se pasaba las horas muertas la niña, que tenía un preferido, un predilecto ¿cómo no? un lindo corderito, modelado, sin duda, para figurar entre los de un nacimiento.

Aquella terrible noche de vendabal y nieve tardaba el abuelo más que de costumbre, pero como esto no era la primera vez que sucedía y aun se había dado el caso de que, cuando la nieve borraba los senderos, se quedara toda la noche en la tinada, Pilarín conó tranquila y después se acostó. Sin embargo no se dormía. Una vaga inquietud la impedía conciliar el sueño, y de pensamiento en pensamiento vino a acordarse de su amado corderillo. Si al menos le tuviese allí... Iria a buscarlo, ¡vaya si iria! Y como lo pensó lo hizo. Desnuda y descalza atravesó la cocina y abrió la puerta del corral. Una ráfaga de viento helado la hizo estremecer pero no desistió. Sigilosamente avanzó pegada al muro hasta enfrente de la cuadra que en un olvido habría quedado entreabierto.

¡Lucero, Lucero! llamó quedamente la niña andando aún; pero de repente un crujido que se oyó sobre la barda encima de los sarmientos amontonados la hizo pararse en seco. Un escalofrío de horror recorrió todo su cuerpo.

Si fuera el lobo... Ella había oído contar a su abuelo muchas hazañas de estos fieros animales, pero ahora todo le parecía una quimera y al mismo tiempo que un miedo atroz, experimentaba un goce áspero y rudo; por un momento se creyó la heroína de uno de aquellos cuentos que leía en su casa, tan lejana de Madrid. Pero no pudo reflexionar más porque se oyó un nuevo crujido y

a la escasa luz que salía por el ventano de la cocina vió delante de sí una especie de perro con ojos centelleantes. En aquel momento el corderito, fiel a la voz de su ama, salía de la cuadra.

Pilarín no vió más. El miedo que antes la había petrificado la hizo reaccionar violentamente y loca, ingrátida, sin tocar casi sus pies el suelo, en menos de un segundo se vió dentro de la cocina con la puerta fuertemente cerrada de un golpe.

Fuera se oyó un débil quejido y todo quedó en silencio.

La niña no tuvo valor ni para acostarse; desnuda, arrebujada junto a la lumbre, tiritando de miedo y de frío, pasó muchas horas... Cuando el alba filtró su primer rayo rosado, de un salto se encaramó al ventanuco y ávila pegó la carita al sucio cristal. A la luz incierta del amanecer, sobre la nieve inmaculada, yacia el corderito blanco como un holocausto.

M. A.

NUEVA CASA DE VIJEROS

DE

EMILIO ORTEGA

Situada en el centro de la población.—Servicio esmerado.—Precios económicos.

Amplias habitaciones

Plaza de Cánovas, núm 13 CUENCA

MÍSTICA

Dulcemente atraído por un impulso de fervor y anhelo, respetuoso y callado

abrí la puerta y penetré en el templo. Un hábito impregnado de ternura, un esfluvio aromático de incienso vertió sobre mi alma las esencias fragantes y purísimas del cielo...

Y allá, en lo más recóndito y oculto del corazón sentí con gozo inmenso la cadencia infinita de un arrullo, la sublime emoción de un aleteo...

Y vi con unción y con fe ardiente entreabrírse tus labios por el rezo, mientras tu hermoso rostro floreció en un aureolar místico de ensueño...

La divina expresión de tus facciones y las galanas formas de tu cuerpo como supremas galas de un arcángel de resplandor glorioso se cubrieron...

Miré en torno de mí: todo era calma reposo en la penumbra del misterio... Allí fuera, rencores y pasiones virtud y santidad sólo allí dentro...

Y yo también oré, puesto de hinojos, ante la Eucaristía que, en excelsos esplendores, mostraba la grandeza del Divino Hacedor del Dios Eterno...

S. Martínez Escribano

Con el fin de ir ordenando la marcha administrativa de este periódico, se ruega a todos los señores suscriptores, que no lo hayan verificado, remitan el importe de la suscripción por giro postal y, donde no lo hubiere, en sellos de correos al Sr. Administrador de LA RAZON.

El miedo guarda la viña

Leemos en un periódico obrero: «En los comentarios que *La Lucha de Clases*, periódico socialista de Bilbao, ha dedicado a la reciente batalla campal de sus correligionarios con los comunistas, se le escapó lo siguiente:

«Propagar la violencia es fácil y sencillo; arriesgarse a ponerla en práctica es más dificultoso. Para este menester emplean a los humildes, a los que carecen de cabeza pensante y sólo atienden al latir de su corazón, rebosante de odios y malas pasiones. Estos son los ejecutores, víctimas también de la garrulería de la escasa docena de ladrones, vagos, granujas y mentecatos que han en granjería de las ideas comunistas, como antes lo hicieron de las socialistas.»

Si esos «ladrones, vagos, granujas», etc., etc., de «corazón rebosante de odios y malas pasiones», hacen ahora «granjería de las ideas comunistas, como antes la hicieron de las socialistas», ¿por qué no los denunció *La Lucha de Clases*, que debía conocerlos mejor que ahora, puesto que los tenía más cerca?

¡Ah! Porque entonces servían a su partido. ¡Miserables embaucadores de la honrada masa obrera!...

Sin comentarios.

Sus códigos fundamentales

ACCIÓN SOCIAL

Cuanto con asidua atención han estudiado los problemas todos relacionados con la Humanidad, no han vacilado en afirmar que en el fondo de cada uno de ellos, sea cual fuere la causa que los plantea, palpita siempre una cuestión religiosa; y es evidente que en el problema social, este aspecto religioso está más claro y taxativamente definido.

Tiene por objeto único y exclusivo la «Acción Social» la posible satisfacción de las aspiraciones legítimas del corazón del hombre, constante mendigo de la felicidad, a la que propende siempre, probando con ello de un modo evidente su inmortal espiritualidad, pues repugnaría a la infinita justicia y misericordia de su Creador el haber depositado en el alma humana anhelos de ventura que no hubiera de satisfacer plena y cumplidamente. Luego el problema social es religioso por excelencia, la acción encaminada a resolverlo ha de ser inspirada y dirigida por el espíritu y lo preceptos religiosos, que no son otros que los de la caridad evangélica, preconizada por cuantos con recta intención al ejercicio del bien se consagran, como el contenido ideológico de la Acción Social, lo que procuré demostrar, no sé si con acierto en mi artículo anterior.

Y estos imperativos, estas divinas leyes de amor que son las únicas eficientes para salvar a las modernas sociedades que alejadas de Dios caminan a la anarquía y a la ruina, tienen su fuente cristalina y fuera en la doctrina de Cristo; un legislador y organizador infalible en el Soberano Pontífice; una orientación sapientísima en la enciclica «Rerum novarum», que tantos invocan y tan pocos comprenden y una línea de conducta a seguir en las normas dictadas para el ejercicio de la acción social en España por el inolvidable Cardenal Aguirre, de gloriosa y santa memoria. Cuestión religiosa en su fondo la que hemos dado en llamar cuestión social, la iglesia, sociedad perfecta que con la antorcha de la verdadera civilización en la mano supo guiar a los pueblos a través de los siglos, es la llamada a dirigirla y encauzarla, constituyendo su Evangelio y las autorizadas disposiciones de sus ministros, los códigos fundamentales para esta alta y nobilísima misión de paz y de amor.

Por eso, porque la acción social se apartó hasta ahora de esos derroteros y de esas leyes; porque se mixtificó su contenido ideológico; porque se equivocaron o falsearon los procedimientos y porque para ejercerla cada cual se trazó a su antojo y a medida de sus propias pasiones su programa, es por lo que no ha dado frutos espléndidos.

La sociedad materialista y pagana da apartó sus ojos de Dios y cuando advirtió que sus desvaríos y sus insolentes placeres habían contribuido a desarraigar la fé en el alma de los desheredados, cuando vió que esa desmoralización en colaboración con la miseria lanzaba a los débiles y oprimidos a la desesperación primero y a la revolución después, sintió no remordimiento, sino acaso miedo, y pensó en una rectificación de conducta; pero como no había una verdadera contrición, como renunciar a los placeres y a las concupiscencias es sacrificio y el camino de la virtud está erizado de espinas, no se recurrió a la verdadera caridad cristiana sino que hipócritamente se trató de disfrazar con ella el deseo inextinguible de gozar.

Y así hay políticos que de la misión de amor y caridad encomendada a la iglesia hacen flamantes programas para encumbrarse ellos a costa de los incautos; y hay quien de caridad disfraza sus vanidades con lujosas fundaciones benéficas de bellas y magníficos edificios y escasa dotación para los acogidos; y se entronizó la lascivia organizando bailes y festivales con los que se pretende complacer a Dios ofendiéndole más cruelmente y remediar las miserias del prójimo prostituyéndole y escandalizándole y en fin, se ha llegado a pensar para arbitrar recursos destinados a remediar las amarguras de la Humanidad, en reglamentar y legalizar el ejercicio de un vicio, el del juego, que ha impulsado siempre a sus desventurados adeptos a todos los crímenes, a todos los atropellos y a todas las degeneraciones.

¡Ah cuánta falsía! ¡Ah cuánto fanatismo! Y todo para eludir los manda-

tos de quien, con soluciones prácticas para todos los problemas, ha sabido condensar la legislación social en solo precepto de sencilla comprensión y de fácil ejercicio, pero que tiene nuestra ruindad el inconveniente de condenar todas las injusticias, de batir todas las pasiones, de hollar los egoísmos y de obligarnos a seguir los caminos de la austeridad y sacrificio.

Hay que reconocer, pues, el error; hacer decididamente propósito de enmienda; como cristianos y como seres capaces de comprender las desturas que aquejan a nuestros semejantes, hemos de hacer dejación de nuestras debilidades y prescindir de nuestras concupiscencias, y por Dios, por Dios y bajo la sabia dirección de sus representantes que nos dieron a todas leyes para ello, ejercer la misión de paz y de amor que, como hermanos nuestros que son tenemos que rezar con los desvalidos, pero sin olvidarnos esos códigos, sin prescindir de las normas que han de hacer espléndida y salvadora nuestra labor social.

Juan Vergara

Venta de acciones.—Se venden acciones del Banco de Cuenca. Darán razón en la Administración de este periódico.

LUGAREÑAS

Hojas de mi "Dietario crítico"

Para un garrapato y unos malos mandriles.

¿Acaso has olvidado, mi anti-amigo, nuestros optimistas y largos días de aula? ¿No te acuerdas de nuestras discusiones de todo discutible: política, arte, literatura, modas y mujeres? ¿Se te ha borrado de la memoria cuando tú que ser poeta y cada instante nos tabas aquello de:

Quando sobre el pecho inclinas la melancólica frente, una azucena tronchada me pareces.

Y yo que aspiraba nada más que a hacer un paraíso de la tierra daba diariamente un meollo en el que la palabra obscura me se repetía sin cesar y cuya minación era siempre; ...y esario romper las férreas cadenas que nos aprisionan...

Y si todo esto lo tienes presente de seguro que te acordará Fradique Mendes el paisano insigne autor de *Os Lusíadas* quien yo tanto idolatraba y tú rrecreas despiadado y cruel.

Pues bien mi amigo; como a yo soy un hombre que pasa a veces de las ideas y de los hechos insaciablemente curioso y atónito con lo cual ya tienes explicada formación de mi «Dietario crítico» en cuyas páginas verás estas mis impresiones de la pueblerina.

Y conste que este proemio motiva otra cosa que la de darme un bal y cumplida respuesta a tu tate quejicosa e inquisidora y como contestar unos anónimos rruñados y descorteses.

Porque has de saber que más de tu larga e impertinente epístola han llegado a estas nos pecadoras, otras sin firma que con la misma cantinela: ¿Quién es el cacique de Urbión? ¿Dónde vive? ¿Qué edad tiene ximadamente?

¿Cuán lejos estaba yo de pensar que mi lacónico y desaliñado título había de levantar tan riosidad y enojo! Pues he de decirte que algunos de los más verticos comunicantes me insultaban zahieren de una manera terrible y desconsiderada. Para todos mi desprecio y para tí que te me mortificas mi compasión.

Si; te tengo lástima. No voy a el uno tan distante del otro que no sepa yo lo que es de tí y milagros... Y por ello y si te ofendas ha bastante tiempo tengo catalogado en el grupo de los garrapatos...

Ya sabes que la marmórea de la Verdad la tuve mucho sobre mi mesa de estudio que tú enredando medio hacías caer al suelo la rompiste entonces, para quitarme el